

Año 3  
Número 3  
verano 2016

# Revista de Políticas Sociales

## Arraigo y emancipación

Mariano Fontela

Director del Centro  
de Estudios  
de Políticas Sociales  
UNM

mfontela@unm.edu.ar



Chantal Delsol

*Populismos  
Una defensa de lo  
indefendible*

Ariel, Buenos Aires, 2015,  
192 páginas

A diferencia del otro libro reseñado en esta misma revista, este es un ensayo de filosofía que –si se dejan de lado algunas afirmaciones exageradas y las referencias excesivamente centradas en la historia francesa– aporta algunas ideas originales para reflexionar sobre los desafíos de las democracias latinoamericanas. Cabe de todas formas aclarar de entrada que el subtítulo es engañoso, porque si bien la autora demuestra cierta disposición para comprender los motivos de los votantes y los dirigentes llamados por sus detractores, su “defensa” del populismo no implica su justificación, sino más bien significa una crítica a los argumentos –o a la falta de ellos– que esgrimen los sectores académicos y políticos que lo cuestionan. Según Delsol, el rechazo al populismo se funda en un menosprecio de clase que, a pesar de ser en los hechos tan odioso como el menosprecio de raza, este último suele ser considerado un crimen, mientras el primero es “un deporte nacional”.

El libro comienza con una afirmación categórica: el término “populismo” es un insulto que se aplica tanto a ciertos líderes políticos como a sus votantes, porque se usa para denominar a movimientos políticos compuestos por gente que es juzgada “idiota”, sus programas e ideas serían programas e ideas idiotas, y por eso no merecerían análisis alguno, sino un desprecio sin matices. Asumiendo que la democracia es un régimen político donde por principio deberían reinar el pluralismo y la tolerancia entre distintas opiniones, el hecho de que se use un término denigrante para referir a algunas corrientes políticas implica un rechazo a la democracia por parte de quienes lo aplican. Lo que le asombra a la autora es que las élites de los países que presumen de democráticos, en lugar de argumentar en contra de las opiniones de los defensores del populismo, los describan directamente como rematados idiotas con el fin de camuflar su estatus de enemigos ideológicos.

En la filosofía de la antigua Grecia, *idiota* era alguien que pertenecía a un grupo pequeño y veía “el mundo a partir de su propia mirada, careciendo de objetividad y desconfiando de lo universal”. En este sentido se contraponen el idiota al *ciudadano*, quien se caracterizaría “por su universalidad, su capacidad de contemplar la sociedad desde el punto de vista de lo común, y no desde un punto de vista personal”. Delsol observa que ya en las polis griegas la élite acusaba al pueblo “de faltar a lo universal, de estar demasiado pendiente de sus propias pasiones e intereses particulares en detrimento de lo común”. Para buena parte de los filósofos atenienses el pueblo se caracterizaba “por una afectividad que se impone y excluye el juicio recto; por la explosión espontánea de los afectos que rechaza la visión del porvenir; por una credulidad excesiva, que revela una falta de distancia peligrosa; por una incapacidad de prever que engendra la irresponsabilidad”. La acusación de idiotéz se debía entonces a que, pudiendo usar su inteligencia para elevarse al mundo común, el pueblo seguía arraigado a su mundo particular. La élite griega ridiculizaba la “cultura popular”, y lo hacía mucho más aún cuando sus representantes llegaban al poder: los trataba a la vez como ignorantes, inmorales y perversos. En su peculiar lógica, “la pobreza engendra la ignorancia, que por su parte empuja a la inmoralidad”, mientras supuestamente la educación confiere sabiduría y sentido moral.

Actualmente, el uso del epíteto “populismo” se extendió, y no solamente lo aplican las élites, sino también algunos movimientos de izquierda, como “una palabra despectiva que responde a la traición del pueblo a sus defensores”. Para muchos de los líderes históricos del socialismo, del comunismo o del anarquismo, la realidad estaba formada por conceptos abstractos y no por personas de carne y hueso, de cuyos valores y expectativas lógicamente desconfiaban. La “conciencia” solamente podía llegarle al pueblo desde fuera, por la aportación de los intelectuales, para quienes los conceptos gozaban de una legitimidad que la realidad nunca tuvo. Por eso esos intelectuales condenaron tan

sistemática y abiertamente el “pragmatismo”. Sin embargo, apunta Delsol que “no se conoce pueblo alguno que prefiera la abstracción a las realidades de la vida”. El pueblo “jamás se ha sublevado en nombre de un concepto. Está demasiado ligado a la vida y no comprende más que la vida. Sólo defiende unas ideas si éstas responden a las exigencias de la cotidianidad”. Pero la mayoría de los “grandes relatos” de la izquierda moderna interpretaron y reorganizaron la realidad “hasta el punto de reducirla, y finalmente sacrificarla, en el altar del concepto”.

El arraigo aparece más en el pueblo y la emancipación en aquellos “que participan de cerca o de lejos en los círculos del poder”, porque “el hombre del arraigo está protegido por sus raíces. El hombre de la emancipación, separado (o liberado) de sus raíces, debe apoyarse en otros lugares”. Recostada sobre la tradición filosófica francesa, Delsol supone que el uso insultante del término “populismo” se origina también en el ideario clásico de la Ilustración, basado en una reivindicación del individualismo y en una cierta interpretación de la emancipación como algo opuesto al “arraigo en lo particular” que caracterizaría a las sociedades tradicionales. Las élites europeas suelen interpretar esa defensa del arraigo como simple egoísmo: “como los partidarios de la emancipación de la Ilustración consideran que su pensamiento representa el bien absoluto y no soporta ningún debate, ven a los contradictores como unos tarados y unos viciosos”. Ese ideario iluminista considera como verdad revelada la visión europea del tiempo como un progreso lineal y necesario, asignando una connotación moral positiva al “adelanto” en oposición al “retraso”, porque “la marcha del progreso corre en principio hacia el bien” –y de paso podría agregarse que esto explica el uso frecuente del término “progresismo” como una disposición a convertir las disputas políticas en diferencias morales–, de la misma manera que con demasiada frecuencia se afirma –allá y acá– que las provincias están atrasadas en relación con las capitales que las arrastran hacia el progreso: “las provincias se contemplan ellas mismas, mientras que la capital contempla el universo”.

Dejando por un momento de lado las referencias a la política francesa, no debería sorprender a los argentinos la caracterización de una élite que es a la vez individualista y “universalista”. En los sectores intelectuales dominantes existe una decidida disposición a celebrar las mieles del individualismo y a valorar a la vez un universalismo expresado por ejemplo en la hipotética mirada crítica sobre nuestro país proveniente de las naciones más ricas del mundo, como si a éstas les importara nuestro

comportamiento. Tanto para la élite como para la mayor parte de nuestros intelectuales, cualquier idea proveniente de Europa goza *a priori* de un prestigio incomparable con las opiniones de un líder político local, incluso para muchos de los “intelectuales del campo nacional y popular”. Este prejuicio se mezcla de manera explosiva con el que postula que los pobres no son capaces de juzgar por sí mismos lo que es mejor para sus vidas ni para el país. Su mayor error consistiría en no ser capaces de identificar las opiniones “universales” como la única verdad válida. La mayor perversidad de esta lógica reside no solamente en que se los acuse de ser cortos de luces, sino de negarse a ver las luces de la razón por poseer un corazón egoísta.

Pese a semejante arsenal de descalificaciones y agravios, los movimientos populistas resurgen una y otra vez en las democracias occidentales, porque “el pueblo no siempre tiene la sensación de ser defendido por la democracia, que sin embargo está hecha para él. A veces, tiene la sensación de que se aprovechan de él para traicionarle mejor”. En su percepción, los gobernantes halagan sus propias conciencias asumiendo que lo representan, pero en realidad trabajan para sí mismos. Según Delsol, esta inadecuación es lo que explicaría la recurrencia de ciertos argumentos en el discurso típico de los líderes populistas: por ejemplo, la crítica moral contra el individualismo y la globalización, o la defensa de la solidaridad y la honestidad, o el arraigo en los valores comunitarios de la familia, el esfuerzo en el trabajo y la vida vecinal. Mientras el ideario de la emancipación universalista ladeó hacia una moral de la compasión y la victimización, los populistas continúan celebrando la vida heroica y llena de deberes, valorando la identidad de la nación o del grupo de pertenencia. También caracteriza al discurso de los líderes populistas una vocación por ignorar el lenguaje “políticamente correcto”: según ellos, al no poder llamar a ciertas cosas por su nombre no se puede decir nada sobre lo que realmente importa, y en definitiva se termina por no pensar nada importante. A esto se sumaría el hecho de que las corrientes populistas “no tienen costumbre de conceptuar sus convicciones, y por eso resulta fácil creer que están dotadas de emociones, y no de convicciones. Reclaman cosas de sentido común, en general, sin querer enraizarlas en un corpus de doctrinas ni justificarlas mediante ninguna filosofía”.

El arraigo sería entonces la respuesta a una emancipación que con la globalización ha ido demasiado lejos: “es la situación que ha tenido siempre y en todas las latitudes el hombre que, ligado a su tierra natal y a sus costumbres, extrae del pasado la fuente de su porvenir y a

menudo reproduce, de generación en generación, lo que ha visto hacer a sus antepasados. Ese hombre se identifica con unos territorios y una cultura. Honra a aquellos que le preceden, y se estima ligado a ellos por una deuda impagable”. La emancipación universalista, por el contrario, supone un ser humano “separado de sus raíces temporales y espaciales y de las obligaciones comunitarias”, liberado de las jerarquías e identificado consigo mismo –y forzando el texto de Delsol, considera que son sus ascendientes quienes tienen una deuda impagable con él. Esa emancipación es heredera de una Ilustración que forzó “el paso de lo universal como trascendencia a lo universal como concepto. Desde que se clausuró el cielo, los insumisos ya no son infieles, sino idiotas. La trascendencia necesitaba de la fe, pero el concepto está al alcance de la razón, y por tanto no puede contradecirle nadie: frente a él no encuentra rebeldes, sino imbéciles”. Siguiendo esa misma línea contraria a toda forma de espiritualidad, los enemigos del populismo recelan de cualquier forma de relación carismática entre el pueblo y sus representantes. Cualquier expresión de amor del pueblo hacia un líder político –y viceversa– les genera repeluzno. De entrada lo consideran inevitablemente falso, pero lo que más miedo les genera es que pueda llegar a ser verdadero.

Delsol diferencia al líder populista del demagogo. Este último es quien escucha con complacencia a quien se niega a pagar impuestos, o reclama más “derechos”, entendiendo por derecho “cada una de sus necesidades personales”. El populista, en cambio, es aquel que niega que la razón universal sea una verdad única. Pero precisamente en el rechazo de esta idea del progreso reside la identificación que hacen entre arraigo e idiotez los críticos del populismo. Sin embargo, contra el prejuicio de que es la élite la que tiene mayor capacidad para ampliar su mirada hacia el futuro y hacia el mundo en su conjunto, la autora observa que “son más bien determinadas clases populares las que abren la mirada a un espacio ampliado, más allá de sí mismos, preconizando la responsabilidad con respecto a los más cercanos y a los menos cercanos. Pero también son ellos los que prestan atención al largo plazo”. Sigue la autora: “los medios populares creen con vehemencia que el ciudadano no es un individuo universal que viene en un país abstracto, sino un hombre encarnado en un espacio y un tiempo, únicos marcos a partir de los cuales se puede elevar hacia el bien común”. En comparación, “las élites otorgan menos importancia a la solidaridad, salvo que se trate de la solidaridad universal que nos exhorta a preocuparnos de la miseria en las antípodas”. Estas élites están “repletas de prejuicios, es decir, de

juicios anteriores a la experiencia”, viven “bajo el imperio de la moda del pensamiento”.

Erraría sin embargo quien entienda que esta explicación del arraigo implica en la filósofa francesa un ataque contra cualquier forma de emancipación: “la vida concreta, nutrida por las identidades y los arraigos, no debe quedar desterrada por el ideal de la emancipación, porque si no daría forma a un nuevo despotismo, el de la abstracción”.

El último punto que interesa mencionar de la exposición de Delsol es acerca de la acusación que se suele esgrimir contra los populistas por supuestamente antidemocráticos. En un contexto ideológico en el que la democracia idealmente representa un mecanismo plural para dirimir entre valores y opiniones contrapuestas, los populistas son aparentemente descalificados por exceder el marco de lo “políticamente correcto”. Pero lo cierto es que no es solamente una cuestión de palabras o de estilos, sino de contenidos. Lo que los dirigentes populistas expresan es que la democracia está amañada y la pluralidad de opciones es demasiado estrecha. No sueñan por tanto con suprimir la democracia, sino con ampliarla. “No se trata de una antipolítica, sino más bien de la convicción de una decadencia de la política, de la voluntad de reforzarla, a fin de que tenga en cuenta al conjunto del pueblo”. A eso se suma que los intelectuales se alejan de ellos porque no quieren perder su prestigio ante sus pares. No asombra entonces el doble patrón que aplica la academia a los trotskistas y a los populistas: mientras los primeros se pueden declarar francamente antidemocráticos sin que nadie les acuse de querer destruir la democracia, los populistas son el enemigo desleal que llena la sala de estúpidos. Por eso, mientras a la izquierda se la analiza con interés y mesura benevolente, el desprecio que se aplica a los populistas excede todo límite: “se han convertido en los enemigos mayúsculos de un régimen que pretende no tener ninguno”. Incluso en sociedades que se consideran a sí mismas democráticas, el desprecio contra el populismo “se ha elevado al rango de virtud”. Por eso los populistas se quedan con “la impresión desastrosa de que sus argumentos a fin de cuentas pueden ser ciertos, a condición de que los enuncien otros. O dicho de otra manera: no se les condena verdaderamente por lo que dicen o hacen, sino por lo que son”.